yes, estaban reemplazadas por otras de más arte sin duda, pero que no eran obra de sus mayores. Los extranjeros acababan con las sombras de los bosques, monumentos levantados por la real mano de Quinántzin é Ixtlilxóchitl.

Habia sin embargo en medio de tan tristes innovaciones unas que daban consuelo: eran los templos que alzaban á porfía los texcocanos al verdadero Dios ó á la Vírgen Madre: aquí veíanse trabajadores, admiracion de los castellanos por su destreza en labrar la piedra, que tal vez del rango de mentida deidad entraba á confundirse en la edificacion de los muros del santuario de Dios vivo: unos conducian grandes vigas de cedro ó abeto desde la vecina montaña, para entregarlas á los que tocaba convertirlas en labrado cornizamento: otros cavaban cimientos profundos, otros ensayaban con la escuadra y el cordel las medidas que aprendieron de los blancos para dar á las fábricas regularidad y firmeza. Dos ó tres misioneros franciscanos dirigian los trabajos, y los sencillos neófitos al recibir sus instrucciones, veian en el arquitecto que enseñaba á construir el templo magnífico de Jehováh ó á mejorar la pobre casa del indio, á la vez el celestial operario que habia venido á reconstruir el edificio espiritual de sus almas. En unas partes, el muro por concluirse mirábase ornado de guirnaldas de *cempoalxóchitl* ó adormideras; en otras ya la multitud adoraba al Dios del templo, en es-

píritu y en verdad; y en los átrios estaban los niños aprendiendo una doctrina que iba á obrar la dicha de sus madres y de las venideras generaciones.

Tan animado espectáculo no era el de los desterrados de Solima, que alentados de Esdrás y Zorobabel reconstruian el suspirado templo, maravilla de las naciones y hecho bajo el antiguo modelo del más sabio de los reyes: no era tampoco el de los súbditos del César tanto tiempo perseguidos y que, al ver ondeante por fin sobre el capitolio el Lábaro vencedor, acudian de todas partes, unos á abrir las puertas de ignorados templos, otros á levantarlos nuevos y de más grandeza, y alegres cantaban al Cristo rey de la Gloria. Era de otra especie el espectáculo que con esa misma religion ofrecian los hijos de Texcoco: la libertad era perdida, los reyes habian sido alejados para ser muertos más allá de Chiápan y Soconusco, por no sé qué pretexto; los extranjeros eran los Señores, y los Acólhuis en su misma patria eran esclavos y vistos como perros; pero ¡cosa extraña! esos guerreros blancos codiciosos y malos, en vez de hacer sacrificios al cruel Huitzilopóchtli, no adoraban sino á un Dios *víctima* sacrificado en bien del hombre; y ¡cosa más extraña! ¿cómo era que guerreros tan altivos tenian y honraban unos sacerdotes de ese Dios, pobres y mansos, y que se ponian de parte de los Acólhuis oprimidos, contra esos mismos guerreros sus compatriotas hasta luchar con ellos? Esa religion

era sin duda venida de lo alto. Por eso los indios acudian á porfía, y sus esposas los secundaban, y sus niños acorrian alegres á la fábrica del *teocálli* de Jesus Crucificado, de Santa María de los Dolores ó del humilde y pobre San Francisco.

Tales consuelos se ofrecieron á los ojos de los recien llegados para calmar su dolor á la vista de la desfigurada Texcoco, cuando descubrieron á su real pariente. El príncipe Ixtlilxóchitl, Señor de los Acólhuis, llamado Don Cárlos, no era ya el ciego admirador de Malíntzin y de la cultura de los hijos del Sol, y estaba desengañado en su ambicion de reinar sobre sus compatriotas: era muy poco ser Señor de esclavos, siéndolo él tambien de los conquistadores. Más cruel hubiera sido el dasengaño, si los Misioneros conocedores de su dolor, no le hablasen de otro reino á cuya posesion podia aspirar. El habia, pues, creido, y sus tareas y su veneracion á los sacerdotes de Castilla, eran ya solo por agradar al celeste rey, que amó á sus súbditos hasta darnos su hijo como víctima, para que nos alcanzase un reino en el futuro siglo. El antiguo rival de Coanacótzin llevaba es cierto en lo íntimo del alma una profunda pena: habia visto el desenlace de los sucesos y perdída para siempre la libertad de Anáhuac y Acolhuacan; mas, para su consuelo, la religion de esos tiranos y conquistadores, era santa y admirable, era la del verdadero Dios, y sus enviados los *teopíxqui* blancos núncios suyos de paz y misericor-

dia. Por eso Don Cárlos animaba á los Acólhuis á levantar *teocallis* nuevos á esa Deidad eterna, nuevamente conocida en Acolhuacan; ese Dios era sin duda, como los franciscanos le decian, el que entrevió Nezahualcoyotl su antepasado, que sin saber su nombre fabricó en honor suyo aquella celebrada torre de nueve pisos.

Ixtlilxóchitl andaba, pues, con los misioneros en tan piadosas tareas, cuando descubrió á Valencia con Ayauhcíhuatl la hermana del rey su padre, y al hijo y á la hija de ésta, á la antigua reina de Tacuba y con ella á su hermosa hija, más hermosa quizá en la sencillez de su decaida condicion que con los atavíos de su perdido rango. El Señor de los indios de Texcoco recibió al Misionero con afectuosa reverencia, y á las familias con aquella ternura cariñosa que inspiran la desgracia y la comun patria. Los otros misioneros que moraban en la ciudad se aproximaron, y al reconocer al Guardian de los Franciscanos dejaron sus fatigas para abrazar respetuosos á su muy humilde y santo Prelado. Texcoco entónces se levantó regocijada: las campanas de algunos *teocallis* proclamaron el fausto suceso, y la multitud casi toda de indios acudió á saludar al varon de Dios. Estaba la comitiva en la gran plaza.

Papan, entretanto, era admirada de todas las madres, porque decian no haber visto doncella más hermosa y recatada, ya presumiendo, no sin cierta natural envidia en nombre de sus hijos, que Nezáhual, hijo de Ayauhcí-

huatl, iba á sentarse con ella en la estera nupcial, siendo imposible que tanta gracia y compostura no le conmoviesen, y más haciendo juntos el viaje.

Tezozomoc y su hermana eran á su vez objeto de afectuosas demostraciones: reales parientes á más de Ixtlilxóchitl, y nobleza conocida, venian á renovar antiguas muestras de amistad natal nunca olvidada; sin embargo muchos habian muerto, y entre los que acudieron, en vano fué buscado su semblante. Tampoco Texcoco se conocia: ¿qué se hicieron los palacios de Nezahualcoyotl y Nezahualpílli, con sus pórticos de mármol y alabastro, sus salones decorados de exquisitas telas, sus jardines y sus patios espaciosos? "Todo el mundo no es sino un sepulcro, y nada hay sobre la superficie de la tierra que no tenga en ella de ser encubierto y sepultodo." Los dos hijos del gran rey recordaron estas palabras suyas hoy confirmadas tristemente.

Nezáhual fué tambien para sus compatriotas objeto de sorpresa: "ya es amigo de los *teopixqui* blancos,"—decian unos á otros:—"ya recibió el baño del agua sagrada;" porque Texcoco bien recordaba la antigua renuencia de su compatriota á la religion de Castilla.

El buen Ixtlilxóchitl condujo luego las dos familias á su morada y desplegó con ellas todas las atenciones de amistad y parentesco; hubiera deseado llevar consigo al Padre Martin, pero los Misioneros debian obtener la

preferencia para gozar por muy poco tiempo de la presencia de su santo Prelado.

Algunos dias despues, una pequeña posesion junto al conocido bosque de Texcotzinco era la mansion apetecida de ambas familias: allí cerca estaba la colina de queridos recuerdos; pero los estanques y las fuentes del arte tolteca ya no resonaban con bullidoras aguas, el ancho muro de los reales jardines estaba roto por muchas partes, y faltaban varios ahuehuetes, cedros y fresnos que dieron sombra en mejores dias á los que ahora los buscaban en vano; el gran leon que mandó construir el sábio rey, estaba mutilado, y los bosques de más allá donde ántes reinaba la paz y el misterio habian desaparecido. No obstante, "aquí en esta soledad y en medio de estas ruinas, gustoso acabaré mis soles"—decian suspirando Tezozomoc y su hermana.—¿"Qué más podemos desear;—reponian Atotóchtli y la princesa su hija—desde aquí contemplamos el valle y los lagos y la ribera de Tlacópan."

Junto al muro de Texcotzinco y hacia el Norte, la cima de la colina tenia una explanada considerable: allí Ixtlilxóchitl habia edificado una ámplia casa: el pórtico dominaba un horizonte vasto y grandioso, y el próximo jardin enviaba frescura y perfumes al que allí gustaba recrearse: estendíase á los piés el valle inmenso, parte cubierto por los lagos, parte bordado por las avenidas de chopos, sauces y cedros, que en todas direccio-

nes desfilaban hácia las ciudades de las amenísimas riberas. La nueva mansion no carecia ni de agua, ni de flores, ni de sombras, delicias de la soledad.

Papan sintió ensancharse sus afectos al respirar en tan bellos sitios, y suspiró de ventura la jóven amante, atreviéndose de pronto á concebir en el secreto de su corazon los inocentes goces del amor casto en medio de los encantos y grandeza de ignorado retiro; mas aguardaba con ansia que el hijo de Ayauhchíhuatl viniese y donde lo esperaba, si por acaso le hablase otra vez de sus amores. Nezáhual, pues, aún no se presentaba en Texcotzinco á tomar posesion de su nueva morada, porque Valencia dejando adelantarse á las dos familia le retuvo consigo en la ciudad, y así desde aquel dia cuando en Cholula descubrió a Papantzin la herida de su alma, ni una vez más la dijera de sus amores, ocupado siempre en departir con el Misionero de graves asuntos. Tardando empero ya muchos dias el hijo de Ayauhcíhuatl, la enam orada comenzó á entristecerse pensando muchas cosas en su corazon. La virtuosa princesa habia obser vado en el hermano de Jocótzin no sé qué resoluciones que la inquietaban, y que tal vez partiria para muy léjos; pero resignada y discreta nada habia inquirido, y agua rdaba saberlo hasta que Nezáhual viniese y quisiese decírselo. ¡Cuántas son las contrariedades y los obstáculos que, apénas emprendido, se ofrecen al hombre en el camino de su felicidad sobre la tierra!

¡Magnífico es el esplendor con que se descubre el horizonte del amor primero; pero cuán presto el ronco y no lejano rumor de la tempestad anuncia que esos horizontes han de ennegrecerse!

Así pasaron muchos dias, cuando una tarde ya puesto el sol, Nezáhual se presentó á la vista de la que le esperaba. Estaba Papantzin sola bajo del pórtico, entregada á sus tristes pensamientos, quizá adormecida por los rumores que en esa hora reinan en la tierra. Mas, al descubrir á su amado ascendiendo por la colina, un sentimiento de consuelo le inundó el alma. Cuando al venir la noche, en las playas del mar grande, hora en que gimen los campos, y las rocas yacen con negro aspecto, y los árboles silvan al paso de la brisa, y la palma se pierde y se confunde entre los toscos tallos de arbustos sin gentileza, y el ponto se vuelve y se revuelve sin cesar; si en tanto se alza llena la reina de los cielos, derramando su luz templada y misteriosa, entónces los campos y las rocas, la palma y los grandes árboles y el ponto desasosegado, suspiran, así parece, como aliviada su tristeza. Más dulce es al amante el improviso aspecto de aquel á quien espera y ve que viene. Así fué con la enamorada Papan: al descubrir á Nezahualpílli dió un suspiro de gozo, y al ver cómo era llegada la ocasion favorable de una segunda entrevista con el Príncipe, tembló y estremecióse involuntariamente.

Presente ya el hijo de Ayauhcíhuatl,

"Nezahualpílli,—dijo la jóven ruborizándose é incorporada rato hácia,—¿por qué has tardado tanto tiempo? Há mucho te esperábamos"—Pero eso lo dijo en medio de aquellas alarmas que el pudor levanta en el pecho de una casta doncella para hablar la primera.

—"Nuestro Padre y sacerdote me detenia en la Ciudad;—contestó el Príncipe—y hé vuelto, solo para avisarte á tí Papantzin, á mi madre y á mi tio que mañana parto....

—"¿Para dónde?"—repuso la Princesa, que ni pensó si era discreto averiguarlo.

—"Para Tenochtitlan México,—replicó Nezáhual—y de allí á la tierra de los de Michoacan, á quienes nuestro Padre y Sacerdote me envia para que les hable del Dios *muerto* y los llame á la paz y á la vida social; porque ya ni quieren oir á los *teopíxqui* de Castilla ni quieren volver á los pueblos."

"Y tú, niña mia, dueño y Señora, no sabes cuánto mi corazon gime al dejarte á tí que eres luz de mis ojos, la grande estrella que me alumbra en la oscuridad; al dejarte no sé por cuantas lunas, cuando no quisiera apartarme de tu lado como no quieren los niños dejar á sus madres. Pero ántes de que parta, hija de Atotóchtli, más valiosa para mí que todas las piedras preciosas, ¿prometes á Nezáhual sentarte con él en la estera nupcial, ya vuelto de Michoacan, y guardarle tu corazon como se guarda el oro en un cofre cerrado y un chalchihuite en el más oscuro retiro?"

No pudo la Princesa sobreponerse á su dolor y le dijo:

—Señor mio, ¿cómo piensas que yo pudiera abrigar otro amor en el alma, cuando solo una palabra tuya es favor señalado para mí, cuando con estar cerca de tí olvido todos los males, y al pensar solo en que te alejes un sol pruebo tal amargura, que me parecen nada las horas que hemos pasado juntos con nuestras madres?"

Más quisiera decir, pero el llanto y los sollozos embargaron su voz. Nezáhual no pudo contenerse, y enternecido:

—"¡Cuán duras y penosas son las resoluciones que el Dios *muerto* quiere de nosotros.—repuso como arrepentido de su propósito—Empero si yo no hubiese visto cuánto los *teopixqui* del verdadero Dios hacen por amor suyo, ¿qué tendria que temer? Pero ¡qué temo! ¿Habemos siempre de dejarlo todo por el amor del Dios invisible?"—Esto Nezáhualpilli lo decia como si adentro luchase con encontrados amores. Mas al oirlo:

—"¡No digas, Señor mio, eso que ofende al Dios Criador y verdadero;—se apresuró á decir la Princesa, reanimándose y aparentando serenidad—el Dios excelso ha muerto por nosotros y es muy poco lo que hagamos en su servicio; recibido hás el agua sagrada y tu madre

¡cuánto lo pidió á nuestro Dios y á la Vírgen Santa María!; y ahora ¿no te resuelves á un sacrificio á que yo, Señor mio, estoy resuelta? El buen Dios y la Vírgen santa te bendecirán, y yo, Señor, no cesaré de pedir por tí para que vuelvas y nada malo te suceda."

Como aquellos adoradores del Cristo ya vacilantes en confesar su fé á fuerza de dolor y tormentos del potro y de sangrientos gárfios, si derepente la mirada de alguna delicada Vírgen que sonreia en medio de iguales suplicios, llegaba á sus ojos, ó á sus oidos alguna palabra de heroica resignacion, el confesor sentiase al punto como avergonzado de su debilidad, y alzando al cielo sus ojos proclamaba osado y resuelto al Hijo de Dios vivo, á despecho de sus verdugos, y era entónces cuando los ángeles bajando de la Altura y hechos visibles para muchos, aprestaban guirnaldas y palmas inmortales, y el himno de gloria resonaba en el cielo. Así el amante de Papan, conmovido por aquellas dulces razones, sintióse reanimado, y cobrando fuerzas—"¡Oh Dios desconocido é invisible, muerto por nosotros,—exclamó—dáme tu luz para alumbrar á los que no te conocen, y tu virtud para servirte y adorarte como los sacerdotes blancos que nos han traido la verdadera fé!"

Apénas dijo estas palabras, Ayauhcíhuatl y Atotochtli se presentaron, y Jocótzin y Tezozomoc. Nezáhual y Papan estaban conmovidos, y á no ser por la escasa luz, en su rostro se hubieran descubierto las huellas de reciente

llanto, como en las palomas silvestres los estragos de borrasca nocturna. Poco despues las dos familias comprendian lo que pasára entre sus enamorados hijos, porque el jóven neófito les hacia saber su extraña resolucion. A tal nueva la tristeza de todos y la amargura de la madre de Nezáhual fué grande, pero entrañaba tambien no sé qué sobrehumana delicia, como la de las madres y amigos de los antiguos mártires cuando estos marchaban á desafiar á los Césares.